



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ESCRITORES
JOSÉ ESTREMER



Aut. de Brabo. Deseñado H y Maclero & Madrid

Ingeniosísimo autor,
castizo, elegante, ameno...
Diría de él mucho y bueno,
pero como es redactor...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Confidencia, por Vital Aza.—Humoraditas, por Sinesio Delgado.—¡Ella, él!, por Eduardo de Palacio.—Lamentaciones, por Físico Yrázola.—Nocturno, por Gonzalo Cantó.—Chocolata, por Juan Pérez Zañiga.—Caprichos, por Juan Negillos.—Aceite de hígado de bacalao, por Manuel Almudévar.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Estremera.—¡Abrigarse!—Serenata, por Cilla.



Los matarifes han vuelto á declararse en huelga; pero, á Dios gracias, seguimos comiendo carne de cerdo, porque no falta quien degüelle á estos infortunados animalitos.

No hay dicha completa en el mundo. Los cerdos habían creído que iban á vivir muchos años y que lo de la huelga de los matarifes era un pretexto para no derramar sangre inocente. Hoy se han convencido de que el hombre es un monstruo de maldad; pues se han presentado muchos solicitando el honor de pasar á cuchillo á todas las reses conocidas, sean ó no solteras.

Nunca queremos hacernos cargo de que los animales tienen derecho á nuestra consideración, y seguimos tratándoles con crueldad.

La mayor parte de los cerdos que sacrificamos son tan dignos de respeto como cualquiera otro sér de los llamados racionales, y á lo mejor saludamos con amabilidad á un prestamista en la calle y nos vamos á comer acto seguido una chuleta de cerdo, cuando lo natural sería que utilizáramos al prestamista, como alimento, y saludásemos al ganado de cerda en clase de sujeto inofensivo.

La sociedad protectora de los animales va olvidando su grata misión.

No hay quien redima al buey que vive uncido á la carreta, ni quien proteja á la chinche contra la persecución del vecindario.

Cada vez que veo á las cocineras corriendo detrás de las cucarachas, pienso en que aquellos bichos inocentes tendrían hijos, y en que un escabazo puede sembrar el luto en el hogar.

Hay pocas personas que tengan verdadera conciencia de sus deberes en el mundo. Entre éstas figura D. Agapito, alma grande y generosa, que protege á todos los animales; desde el sereno, hasta el besugo. Jamás ha matado una pulga, ni ha hostilizado á ningún mosquito, ni ha hecho armas contra las hormigas que invaden el aparador de su casa.

En cierta ocasión se constituyó en enfermero de una mosca enferma, á quien devolvió la salud y la libertad.

La esposa del filántropo le decía:

—Agapito, no te sacrifiques por nadie. Quizás ese insecto que ahora proteges, vendrá mañana á picarte en la nariz.

—Tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber, y eso me basta—respondía él.—¿Quién sabe si esta mosca habrá tenido madre y bendecirá mi acción desde el cielo?

No sólo los políticos obtienen en el mundo agasajos y consideraciones.

El insigne Romea ha sido objeto, diez y ocho años después de su muerte, de una manifestación artística, que honra á todos cuantos han contribuido á realizarla.

La traslación de los restos del famoso actor se ha verificado con toda solemnidad. Literatos, músicos, actores, poetas, periodistas; todos asistieron á la fúnebre ceremonia, rindiendo un tributo de admiración á la memoria del que honró nuestra escena con su talento.

Su hermano D. Mariano, á quien se debe principalmente la erección del mausoleo que guarda los restos del inolvidable actor y de su ilustre compañera Matilde Díez, puede estar satisfecho de su obra. Los demás señores que formaban la junta organizadora, merecen también el aplauso de los amantes del arte.

Ni el Estado ni el Ayuntamiento contribuyeron poco ni mucho á la solemnidad del jueves. Por no haber, ni siquiera había media docena de guardias que protegiesen á la comitiva contra la irrupción de curiosos que obstruían el paso.

Aquí esta clase de sucesos no tienen importancia á los ojos del elemento oficial.

Si en lugar de Romea fuese el muerto algún personaje político de esos que pronuncian discursos con tirabuzón, la autoridad habría votado una suma extraordinaria para que el entierro resultara aparatoso: acudirían á él muchos sujetos con uniforme, y los guardias, colocados en las aceras, dirían á los transeúntes con muy malos modos:

—Por aquí no se pasa.

—¿Por qué?—preguntaríamos nosotros.

—Porque va á llegar el entierro, y al que no se descubra le atizo dos palos, mayormente.

Al pasar el cortejo fúnebre por delante del Conservatorio de Música, hemos podido notar con asombro que ésta no existía, y no pudimos menos de decir:

—Si la música del Conservatorio no suena, ¿para qué sirve entonces?

Ha vuelto á salir á la superficie eso de la masonería, y sentimos no ser de la hermandad para enorgullecernos, porque siempre halaga que hablen de uno.

Muchos que no pertenecen á la clase se fingen ahora hermanos y andan por ahí haciendo señas y diciendo la palabra sagrada á los amigos, para echársela de tenebrosos.

Días pasados, uno que no es masón ni es nada, pero que le debe dos pesetas á casi todos los ciudadanos incluidos en el censo de población, se llegó á un café y pidió una chuleta con patatas.

Había oído decir que la mayor parte de los mozos son masones legítimos, en el hecho de llevar mandil.

—Mira, hermano—dijo el de la chuleta al camarero.—Yo soy Aristóteles, y no te pago.

—Pues, mire V.—contestó el mozo,—yo soy Turibiu, y le doy á V. dos guantadas.

Y le rompió una bandeja de hoja de lata en la cabeza.

Queda aquí mucha gente que aún se asusta al oír hablar de la masonería, porque cree que los masones se desayunan con petróleo refinado y cabezas de niños en aguardiente.

—No me hable V. de los masones—nos decía una patrona de huéspedes veterana.—He tenido uno en el gabinete que me ha dado muchos disgustos. Odiaba los alimentos fijos, y cada vez que le ponía lentejas, disparaba los siete tiros del revólver. No le gustaban más que cosas rancias, y un día acabó por comerse un tapete de hule de la mesa del pasillo.

—¿Y dice V. que era masón?

—Sí, señor; porque usaba toda la barba, y para peinarse se sacudía la cabeza con los zorros.

Créese generalmente que los masones son unas fieras vestidas de paisano; pero no hay tal. Alguno conocemos que se da polvos de arroz y fuma pitillos en tenacilla de plata, que es la negación de toda fiera.

Hay masón que hasta se pinta las cejas.

Conque, á ver...

Antes de echar la firma, debo decir á VV. que *Ultramarinos* es un sainete precioso, original de Tomás Luceño.

La compañía de la Comedia lo ejecuta primorosamente, y el público acude á aplaudirlo todas las noches.

Y con esto y la noticia de que estamos preparando un *almanaque* de primera fuerza como primer número del año, me despido de VV. hasta la semana que viene.

LUIS TABOADA.

CONFIDENCIA

—Va usted á saber ahora
la causa de mi aflicción!
Yo conocí á mi señora
en los baños de Arcachón.
Por aquel entonces era
mi mujer una pollita
encantadora, hechicera,
muy mimosa y muy bonita.

—¡Carambital!

—Por su gracia y desenfado
á todos nos encantaba;
yo la miraba extasiado
y ella también me miraba.
Eran sus labios muy rojos
y eran sus ojos dos soles,
y con pueriles antojos
fascinaba con sus ojos
á franceses y españoles.

—¡Caracoles!

—Yo una noche me lancé,
y así, como si tal cosa,
la dije:—«Me gusta usted
de una manera espantosa.
La ofrezco mi corazón
y diez casas en Sevilla
que valen un millón...»
Ante esta declaración
sucumbió la pobrecilla.

—¡Cascarilla!

—Su madre, que es una arpía
que sabe más que Merlín,
la dijo al punto:—«¡Hija mía,
este hombre me hace tñín.
Su posición no es gran cosa,
pero eso á mi no me importa,
pues tu fortuna es cuantiosa.»
Nos casamos, y mi esposa
no llevó ni una peseta.

—¡Zapateta!

—A mi me importaba poco
que ella fuera pobre ó rica;
yo entonces estaba loco
de amor por aquella chica.
Lo grave del caso es
lo que me pasa hace un mes.
¡Esto es lo que me asesina!
¡Hace ya un mes que un francés
no se aparta de la esquinal!

—¡Caspitinal!

—Yo, que en sufrir soy un santo,
hasta ayer no dije nada;
pero ayer me cargó tanto,
que le di una bofetada.
Me llamó vil y cobarde;
ardió mi sangre española,
y de bravo haciendo alarde
ayer mismo por la tarde
nos batimos á pistola.

—¡Carambola!

—No ocurrió ningún percance,
gracias á nuestros testigos,
y terminamos el lance
haciéndonos muy amigos.
Mi esposa no se propasa,
pero la duda maldita
me descomponé, me abrasa...
Hoy vino el francés á casa
á hacernos una visita.

—¡Zambombita!

—Su visita me hizo mella;
mi esposa será inocente,
mas tengo indicios de que ella
no me es fiel completamente.
El francés busca su amor,
mas yo no caigo en el lazo.
¡Al llevar el muy traidor
á mi esposa al comedor
ví que le apretaba el brazo!

—¡Zambombazo!

—¡Esta mi amargura es!
Porque me pregunto ahora:
¿Qué hago yo con el francés?
¿Y qué hago con mi señora?
No acierto—, Dios es testigo!—
qué partido he de tomar.
Y aquí tiene usted, amigo,
la causa de mi pesar.

—¿Se queda usted tan callado
después de esta relación?
—Hombre, no le he contestado
con ninguna exclamación,
porque cuando le escuché
sólo una me ocurrió.

—¿Cuál?

—Pues, hijo, llamarle á usted
sencillamente ¡animal!

VITAL AZA.

HUMORADITAS

(IMITACIÓN DE CAMPOAMOR.)

Hay niños de costumbres tan livianas
que compran ¡imprudentes!
las cajas de cerillas italianas...
porque tienen figuras indecentes.

Fuí de los que creían
que piaban amor los ruiséñores.
Hoy pasé de la edad de los amores
¡y no sé lo que dicen cuando pian!

El mundo es una casa de pupilos,
donde no hay ocasión de estar tranquilos.
Todos hallan escasa su chuleta,
y se come los postres el más tuno;
¡se anuncia con gran pompa el desayuno
y nos traen chocolate de á peseta!

¿Hoy no le pegas y te besa ese?
Pues mañana le pides que te bese.

El pobre Blas, cuando llegaba Enero,
sentía la nostalgia del brasero.

El marido de Bruna
no es celoso ni fiero, por fortuna,
porque tendría que romper los dientes
á todos sus amigos y parientes.

¡Vaya usted á saber las relaciones
que existen entre el vino y los simonés!

¡No te bañes con ropa,
que te vas á poner como una sopal!

Sueña la hermosa Juana
que se casa con Pepe una mañana,
y queda, al despertar, la pobrecita,
una viuda ilusoria muy bonita.

A creer á unos cuantos calaveras,
no hay honor en casadas ni solteras...
¿Quién será el burlador? ¡Porque no han sido
los que yo he conocido!....

Sé que has visto á tu novio, picarilla,
porque tienes tabaco en la mejilla.

SINESIO DELGADO.

¡ELLA!... ¡ÉL!

¡Cuántas sorpresas ocasionan esas fotografías colocadas en los
portales de las casas!

¡Cuántas satisfacciones y cuántos disgustos á un tiempo!
Esas instalaciones de caballeros y señoras y «recíprocamente»
han sido causa de más de un lance desagradable.

Y, sin embargo, ¡cuánto lamentaríamos los artistas la desaparición
de esos museos artísticos!

Porque en ellos encuentra el lector curioso y aseado modelos
para todos los gustos.

En primera fila, á contar desde el zócalo, se ve el retrato de
un señor magistrado con la toga de paseo y la monterilla.

Apoya la mano derecha en un libro colocado de canto, sin
artificio, naturalmente, y con la mano izquierda acaricia á un
chiquitín.

Este chiquitín es el último huérfano que ha hecho el retratado.
Al lado de éste, y en busto nada más, una cabeza de «endina
de río», como las intitula un poeta campestre.

El original tenía el cabello suelto cuando se retrató, y sonreía
como diciendo al mismo tiempo á los transeúntes frases poé-
ticas:

—¡Adiós, moreno!

—¡Oye, rubio!

Y otras ya hechas.

A la derecha de la «endina» se ve á un caballero en pie, con
levisac de hule, según la falta de flexibilidad de los paños y pantalón
con canela.

También sonríe picarescamente mirando al público.

En una mano sostiene un bastón que parece un cabello de
ángel, y en la otra un sombrero de paja con cinta de seda de
color rojo.

Arriba, sobre la endina y el del sombrero, está retratado un
niño correctísimo en todas sus partes; juguetea con un perro
que tiene fisonomía de señor mayor.

Al lado hay un cazador de lujo, con una escopeta preparada
para disparar sobre el casero, y un sombrero cordobés, y sus
polainas de cuero, y una docena de perdices á sus pies pidién-
dole perdón.

Fondo de selva oscura: una señorita de luto, con la cara ídem
y un retrato en la mano.

La rodean cipreses que imitan guardias de orden público
peregrinos; vamos, con esclavina.

Es el retrato de una joven de *curtida* enamorada y ausente
del memo de su corazón.

Otro niño retratado en paños menores.

Caprichos de los padres obstinados en divulgar cosas de los
niños, secretos de familia.

No es posible, aun en caso de conocer al niño, asegurar que
tiene semejanza con el retrato; porque se ve al angelito por la
la fachada posterior.

En otro lado se halla un grupo de caballeros: son los miem-
bros activos de una sociedad dramática, que solemnizan la de-
gollación de *El gran Galeoto* y *La Pasionaria*, que han realiza-
do últimamente.

¡Qué fisonomías tan artísticas!

Parecen todos autores de obra prima.

Un retrato de Sagasta antes de ser Práxedes.

Otro de *Frasquito*.

Varios señores desconocidos en posturas de baile, y varias
señoritas con pañuelo en mano, cójido como si llevarán en él un
puñado de avellanas.

De pronto se oye una voz (en algunas ocasiones) que ex-
clama:

(6) Del periódico de Barcelona, *El Siglo*, que con tan fausto motivo recomendamos á
ustedes.—*J. de la R.*

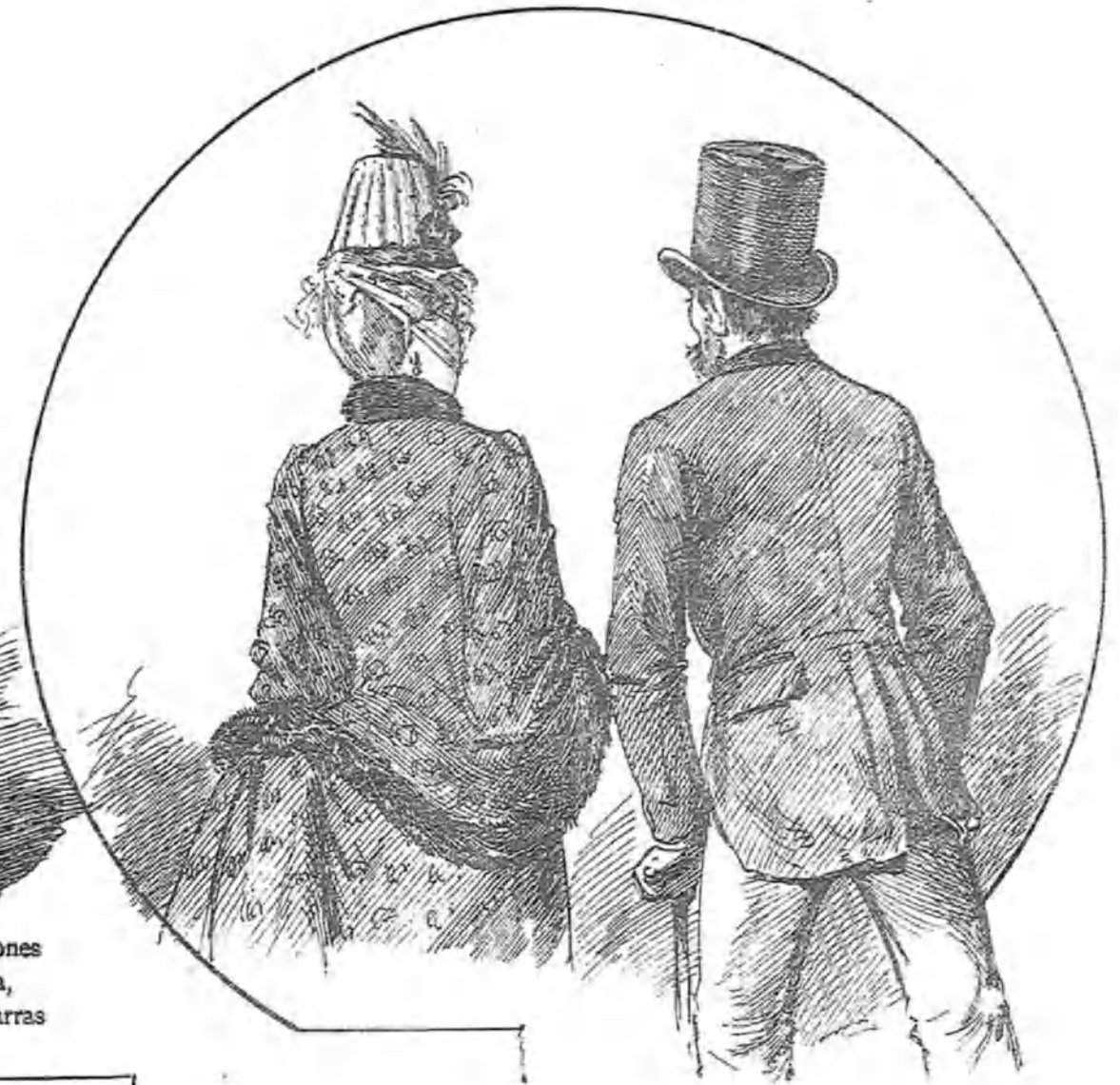
¡ABRIGARSE!



¿Llevar un gabán de esos con cuello y esclavina, botines y mitones?... ¡Vergüenza me daría!



No quedan corazones cuando él se emboza, porque se pone en jarras y los destroza.



—¿Si será ésta una de esas marquesas enamoradas que compran gabanes á los hombres de mérito?



A los ardientes rayos del rubicundo Febo duerme un hombre la siesta, y queda como nuevo.



La cuestión es meter el calor por la parte de adentro, que luego ello saldrá si quiere.



—Chana, tenemos que entrar á avisar al de la tienda, pa que se queje al del cisco, porque ¡ni pa Dios calienta!

—¡Ella! sí.
Suele ser el retrato de la mujer descubierta por el marido la causa de la exclamación.

Ó viceversa:

—¡Eh! —balbucea ella— ¡el ingrato, el infame!...

Pero esto no importa.

Sería un dolor que por pequeñeces y disgustillos semejantes nos viésemos privados de un divertimento tan inocente y tan económico, si se quiere, como el de ver esas galerías de retratos que no nos interesan.

EDUARDO DE PALACIO.

¡LAMENTACIONES!

(DE UN CESANTE)

¡San Nicomedes bendito,
que desde un rincón del cielo
ves el triste desconsuelo
de este infeliz pobrecito!
Si en algo estimas tu gloria,
cesen mis apuros graves,
y escucha, si no la sabes,
esta, mi lúgubre historia.

Este estado me revienta.
No tengo bueno un instante,
porque llevo de cesante
desde Marzo del setenta,
en que un jefe, por despecho
de yo no sé qué manía,
me largó la cesantía,
¡lo cual que estuvo mal hecho!
Sali de Gobernación,
y al dejar esa poltrona
me despidió mi patrona
de la calle del León.

La cosa se puso mal,
y no sabiendo qué hacer,
sólo pensaba... en comer,
que era lo más esencial,
por lo cual, y á fin de Enero,
débil, hambriento y sumiso,
me trasladé á un quinto piso
de la calle del *Carnero*.

¡Es imposible que se halle
otro estómago mejor!
¡Me alimenté allí al olor
del letrero de la calle!

Después, por la primavera,
me echaron, y me mudé

al número treinta de
la calle de la *Ternera*,
donde viví con cachaza
media semana cabal,
mudándome á un principal
de la calle de la *Casa*,
Allí lo pasé muy bien,
mas luego por mi desdoro
me fui á la calle del *Toro*,
de allí á la de la *Sartén*,
y en menos de una semana
recorri en distintas veces
la de la *Sal*, los *Tres Peces*,
el *Limón* y la *Montaña*.

Como siempre me interesa
buscar un postrero barato,
desde la calle del *Gato*
me inudé á la de la *Fresa*,
y con este horrible afán
cambié tanta habitación,
que parece mi padrón
la lista de un *restorán*.

¡San Nicomedes glorioso,
te lo pide este cesante!
¡Influye sólo un instante
con el Todopoderoso,
y no echándome en olvido,
haga su poder que viva
en calle más nutritiva
de las que hasta aquí he vivido;
porque si no haciendo nada
no me quieres ayudar...
¡voy á tener que ocupar
la plaza de la *Cebada*!

Por el cesante,
FIACRO VERÁZZOZ.

NOCTURNO

Muy cerca de Lavapiés,
con voz destemplada y ronca,
armaron tres la gran bronca
navaja en mano los tres.

Dos matones de Madrid,
dieron con otro bellaco,
más borracho que el *dios Baco*
y más valiente que el *Cid*,
que estaba hablando con una
Princesa de rango y coche,
de las que á la media noche
hacen la guardia á la luna,
dándose muy malos ratos
por una y por otra calle,
luciendo el airoso talle,
las medias y los zapatos.

De pronto con frases duras
dijeron al *Cid Rodrigo*:

—La jembra que está contigo
se sirva por estos curas.—

El *Cid*, cesando en el baile
de su *pitima*, añadió:

—No hay más jembra aquí que yo,
ni más curas que este fraile.—

Envuelta en su gris mantón
dijo también la *Aya de Eva*:

—Conmigo no hay quien se atreva...—
y la sobraba razón.

Furioso gritó el *dios Baco*
con voz amenazadora:

—Al que insulte á esta señora,
lo plico como al tabaco.—

Apretáronse sin miedo
los dos matones la faja,
el *Cid*, sacó la navaja
y acometió con denuedo.

La *Venus* tembló un instante,
lucharon bravos los tres...
y trocose Lavapiés

en un campo de Agramante!

Víctima de la espantosa
y desesperada lid,
cayó desplomado el *Cid*
casi á los pies de la diosa,

que se marchó del bracero
con los héroes de aquel drama.

.....

.....

En defensa de una dama,
muere cualquier *caballero*.

GONZALO CANTÓ.

CHOCOLATE

Por más que yo he buscado los orígenes del chocolate, los orígenes no han sido habidos.

Hay quien afirma que cuando la célebre paloma llegó con el ramo de oliva al arca de Noé, éste se hallaba tomando chocolate con bizcochos; pero otros dicen que lo que tomaba era una buena curda de Valdepeñas, y ésta es la opinión más verosímil, dadas las aficiones de aquel santo varón.

No falta quien asegura que los visigodos sorbían chocolate al comenzar sus conquistas, añadiendo que, cuanto más espeso lo tomaban, más víctimas causaban al enemigo.

Por último, se sabe, como cosa indudable, que en el primer concilio de Nicea, algunos de los obispos allí reunidos ostentaban en las narices pequeñas manchas de chocolate, lo cual hace presumir que lo habían tomado.

En fin, diga la historia lo que quiera, lo cierto es que el chocolate, aunque no tan antiguo como sus primeros fabricantes, lleva muchos años prestando servicios á la humanidad, ora como alimento agradable, ya como intoxicación lenta, pero continua.

El que niegue la influencia del chocolate en la civilización y el progreso de los pueblos, no está en su juicio cabal. ¿Acaso muchos de los hombres ilustres hubieran llegado a serlo si no hubieran tomado chocolate... y otras sustancias alimenticias?

Dícese que los frailes se regalaban con exquisito chocolate. Pero no conocían el de cuatro reales libra. Así estaban ellos de atrasados!

En los chocolates existe una gran variedad de clases, y me han asegurado que hasta los hay compuestos de cacao, azúcar y canela, pero yo no lo creo.

De los que venden á dos pesetas, y á mayor precio, nada puedo decir, porque no tengo el honor de conocerlos; pero acerca de los que se hallan á mi alcance, puedo dar á VV. los siguientes datos que ha me suministrado uno del oficio con gran reserva.

En el chocolate apócrifo de seis reales, con descuento, entran como ingredientes las castañas pilongas, los cañamones tostados y la harina de linaza.

En el de cinco reales, las castañas son substituidas por algarroba. Y en el de cuatro figuran el asfalto, la belladona y una disolución de polvos insecticidas, que le da muy buen gusto.

En algunas fabricas le añaden greda. En otras, agua de Carabafia, cuyo requisito proporciona al chocolate una doble aplicación.

Por eso dice un amigo mío, poeta él, que cuando toma chocolate de peseta, escribe con muchísima soltura.

Por cierto que en la casa donde vive, la habitación es oscura, y la patrona mucho más; pero, en cambio, hay dos cosas excesivamente claras: el lenguaje de la criada y el chocolate de los huéspedes.

Respecto al modo de tomarlo, conozco gustos muy diferentes.

Hay quien lo toma solo, y hay quien lo toma con su familia. Unos con pan y manteca flamenca, y otros con buñuelos impermeables.

Éste con una rosca, aquél con un cuerno, muchos con bollo, y algunos, como yo, con resignación cristiana.

Hay personas que sienten verdadero entusiasmo por el chocolate. Buen provecho les haga.

Sin ir más lejos, mi vecina, D.^a Petra Malinillo, decía ayer al bueno de López, su futuro yerno:

—En mi casa se toma chocolate elaborado á brazo, pero á brazo partido. Cada semana hacemos dos tareas, así es, que estamos atareadísimas, y eso que á mí me gusta poco, pero lo que es á mi hija... ¡Esa sí que es lo que se llama una chocolatería! ¡Ya ve usted, se desayuna con chocolate tres veces al día!... Y lo bate admirablemente; nunca se la pega.

—¡Pegarla sería una crueldad!

—No; me refiero al chocolate. Por cierto, López de mi alma, que voy á pedir á V. un favor en nombre de mi hija.

—¿Qué favor?

—Que bauticen VV. al primer nene...

—¿Con chocolate?

—No, querido López; con el nombre de Matías. Porque, dada la pasión de mi niña por el chocolate, se morirá de gusto siempre que recuerde haber llevado á Matías López en sus entrañas.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

¡CAPRICHOSA!...

En prosa, y á lo espartano,
te declaré mi pasión,
con la modesta intención
de quererte por lo llano,
y con tus labios de rosa
y espinas, á lo que infiero,

me dijiste: «no te quiero,
porque me quieres en prosa;
mas si desear que agote
mi amor en tipo completo,
dedícame algún soneto
aunque no tenga estrabote».

y es muy fácil, á mi ver,
si alguna musa te sopla,
conquistar por una copla
el amor de una mujer.»
Por cumplir tu loco empeño
escribí con mil cuidados,
unos versos titulados
«A los ojos de mi dueño.»
Y hoy arrostró mil enojos,
por creer que la poesía,
se la dedico á mi íla
que tiene bizcos los ojos.
Maldije mi suerte rara,
y ya de muy mal talante,
sin hallar un consonante
por un ojo de la cara,
pedí, con gran pena mía,
casi en forma de plegaria,
una muestra literaria
á «Gorrion y Compañía.»
Y por equivocación,
en estilo triste y zafio,
me remitió un epitafio
el antedicho Gorrion.
Esto es vivir en un potrero
yo no salgo del aprisco,

y si no escribo el soneto
vas á plantarme por otro,
sin que en un trance tan duro
halle mi mente confusa,
una benéfica musa
que me saque del apuro.
Si el capricho fuera en en prosa,
¡cuántas cosas te diría!
mira, te compararía
al capullo de una rosa,
á los prados y barbechos,
á las fuentes cristalinas,
á las negras golondrinas,
á los rizados helechos,
y si no estabas contenta
con tantas aves y flores,
á los blancos resplandores
de la luna macilenta.
Pero en verso, ya no hay duda
que no me ocurre una idea,
y aunque sensible me sea
decir la verdad desnuda,
te participo, infeliz,
en redoncillas muy malas,
que eres... un ángel sin alas...
¡sin alas en la nariz!

JUAN NEGRILLOS.

ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

—¡Florita, escucha! (No oyes,
que han dado ya las nueve)
ya sabes que el doctor
te recetó el aceite.
—¿Ah, sí? pues no me gusta.
Mamá, ¡si sabe á peces
y á bacalao podrido!
—Pero hija, ¿tú qué quieres?
si es una medicina,
¿no ves que te conviene?
haz ese sacrificio...
Escucha: cuantas veces
lo tomes, te prometo
un real para juguetes,
pero has de conservarlos...
.....
.....
—Mamá, ya son las nueve,
¿me sacas la botella?

—Pero hija, ¿tú qué quieres
y qué botella pides?
—Mamá, la del aceite.
—¡Ah! ¿Ya te va gustando?
¿Ya no te sabe á peces?
—Es por acostumbrarme.
Si tanto me conviene...
—Toma una cucharada.
—¡Adentro! y más si quieres.
Dame otra... y otra... y otra,
y cinco, y hasta veinte.
—¿Qué buena es mi Florita!
te quiero cien mil veces
aún más que te quería,
porque eres obediente.
Ven, Florita; dame un beso.
—Y cien, y mil si quieres;
pero óyeme, mamita:
¿me pagas el aceite?

MANUEL ALMUDÉYAR.



Ante el juzgado llevé
á su seductor, Dolores,
y al juez que le interrogó,
el seductor contestó:

—Señor, obras son amores...

VICENTE DíAZ DE TEJADA.

✱
Nuestro compañero D. Héctor de Saavedra, de la Habana, nos
suplica hagamos constar que no iba con él una contestación pu-
blicada en la *Correspondencia particular* dirigida á sus iniciales.
Efectivamente, no iba con dicho señor, y conste así.

✱
Astete, hijo de un banquero,
siempre anda en juergas y bromas
con amigos y palomas
derrochando su dinero.

Por eso el formal Pulido,
en cuanto oye hablar de Astete
dice:—Ese chico promete...
promete ser un perdido.

J. MIRANDA.

✱
Para esta noche se anuncia en el teatro de Variedades el es-
treno de una obra de Zapata, titulada *Patria y libertad*.
No he visto los ensayos, pero... ¡habrá que oír aquellas quin-
tillas!

Y en Lara se estrena el juguete cómico *Los tocayos*, de Vital
Aza, es decir, obra de Vital Aza, porque no creo yo que él tenga
muchos tocayos.

¿Qué apostamos á que es cosa superior?
¿Va algo?



En la cárcel de la Villa
está Antero Pérez, preso
por haber robado un queso
y un frasco de manzanilla.

Lo que desespera á Antero,
es que, aunque está prohibido
vender el queso podrido,
aun queda libre el tendero.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. S. G.—Madrid.—¡Me ha gustado mucho... la forma de letra,
Guilguerfer.—Si eso no es de *La Mariposa* le faltan dos dedos. Pero
de V. no es.

Plantó.—Perdona ¡oh, sabio! pero eso no sirve.
Sr. D. M. A.—Espiel.—El penúltimo verso es atroz de largo y vulga-
rísimo el final.

Sr. D. J. L. L.—Madrid.—Escribe V. demasiado y con muchas incorrec-
ciones. Vaya V. más despacio. Y no se puede decir *sendo chambergo*.

Sensible.—Tiene poca intención... Sigo deseando complacerle.
Filóclates.—Créame V., una de las cosas más esenciales es la medida,
porque si no, no hay versos. Nada serio.

Kataclismo.—Digo lo mismo. Y el que tiene que contar por los dedos...
¡malol!

Sr. D. E. de B.—Granada.—No hay de la 1.ª época. Iré publicando
como pueda.

Criptóquido.—Pero ¡esas sílabas, Dios mío!
Una menor de edad.—Muy graciosa; de veras.

Sr. D. J. R.—Zaragoza.—Eso revela la inocencia más encantadora.
Sr. D. F. A. P.—Madrid.—Y eso la más encantadora inocencia.

El otro.—No se meia V. con los sacerdotes.
Un gnafiro.—Pero hombre, eso no es interesante ni Cristo que lo
fundó.

Q.—Nada de floreos cursis. Pasó eso.
Sr. D. J. M.—Madrid.—Muy incorrecta. Todo se vuelven asonancias y
trasposiciones.

B. M. C.—Sin ritmo. *Rojos y llorosos* no han cometido la imprudencia
de querer pasar por consonantes.

Un hidromántico.—¿Estrújulos y en acróstico?
¡pues calcule usted el diagnóstico!

Sr. D. J. P. A.—Madrid.—Vulgar el final.
Sr. D. J. C.—Madrid.—Tiene incorrecciones de estilo... y es demasia-
do seria.

Castañeta.—Está hecho mal con toda intención, ¿verdad?
Gabilero.—Parece una bequeriana en serio... ¡y ya ve usted!

Sr. D. J. B.—Madrid.—Emplea V. en sus epigramas un sistema gas-
tadísimo.

Fichter.—Hace quince días he pedido á V. la firma para el soneto,
Sr. D. C. T.—Valladolid.—¡Lástima de versos en tan vulgar asunto!

Ch. G.—Se ha dicho eso mismo un millón de veces en variedad de
metros.

Media-camisa.—Mientras versifique V. así no complaceremos á mamá.
—¡Ah! El café del Brillante y todo lo demás son agüetes del natural.

Sr. D. D. F. O.—San Sebastián.—Cambio hace un mes lo menos.
Sr. D. J. V.—Hay de todo en «Matilde.» Trozos buenos y trozos ma-
dianos. Lo siento.

Sr. D. R. A.—Alcaráz.—Digo exactamente lo mismo de «Mariguilla.»
Sr. D. C. C.—Orense.—No tiene una línea que pueda decir que es
verso.

Ilusiones.—No hay que hacérselas. Eso es muy vulgar.
Sr. D. M. G.—Madrid.—Es poco asunto para tantos versos. Y tiene
otras pequeñas incorrecciones.

Nilla.—No puede ser. Empiezan en octosílabos, y luego van crecien-
do, creciendo... Si llega á ser un poco más larga...

Un servidor de V.—Muy señor mío. Tiene mala medida y poco *chis*.
Cero á la izquierda.—Se ve la falta de experiencia; nada más.

F. O. Z.—Claro, con monos es sucio, y sin monos soso. Dice V. bien.
Sra. D.ª L. P.—Madrid.—¿Y qué quiere V. que yo le haga?

Mirameamolín.—Está regularmente. Venga la firma.
El cejo.—Zaragoza.—Es fuerte de verdad.

Un háñigo.—Muchas gracias. Flojita. El quinto verso es largo.
Sr. D. B. S. A.—Madrid.—¿Más explicaciones? Bueno; pues no es solo
el tema de hablar con amigos, sino decirlos lo que todo el mundo; porque
es preciso cuidar que lo que se dice á uno interese á muchos, y no sea
vulgar, y no se haga en estilo pedestre, etc., etc. Por lo demás, yo sé por
qué no me gustan los versos que no me gustan; cosa que á V. le pasará
con los míos, y que no puede remediarse.

Sr. D. J. M. R.—Madrid.—Están bien hechos; pero no son de la indo-
le del periódico.
A todos.—Quedan muchas cartas para el número próximo. No puedo
dedicar el periódico solo á esto. Suplico á VV. un poco de indulgencia.

MADRID COMICO
SERENATA



No rondes en Diciembre fosos y almenas
arrullando á la ingrata con tus cantares;
que las frescas umbrías no son muy buenas
y se cogen reumas articulares.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publican los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Cervantes, 2, segundo

DESPECHO: TODOS LOS DIAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPANIA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR
EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(AFUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 20 pesetas
Encuadernado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A libreros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; ó sea, que les costará cada cartulina 35 céntimos